

palabras que traban mal sus significaciones divergentes y repulsivas. Por fortuna de las letras de Salamanca, sobresalieron en aquella era brillante poetas cuya diversa índole aleja la idea de uniformidad y de senda trillada que despierta la palabra *escuela*. ¿En qué se asemejan el candoroso *fray Diego Gonzalez* y el sarcástico *Forner*, el delicado *Melendez* y el epigramático *Iglesias*? La idea de *escuela* no nació de los mismos que la componían. Uno de ellos, *fray Diego Gonzalez*, siguiendo el estilo del tiempo, designa propiamente con el nombre de *Parnaso salmantino* aquella reunion de ingenios de Salamanca, que, según él, no pasaban de cinco (1), pero en la cual debe contarse por entónces alguno más, y que más adelante se aumentó con otros hombres de incontestable mérito.

Es *fray Diego Gonzalez* uno de los poetas de que con razon se envanece Salamanca, uno de los caracteres más simpáticos y más puros que han dado lustre al claustro y á las letras. La poesía le era en tal modo connatural, que escribía versos, como otros buscan juegos é insustanciales pasatiempos, cuando su edad frisaba apenas con la adolescencia. Su númen no era ni enérgico ni levantado. No se prestaba á ambiciosos vuelos. Vivía su espíritu en una esfera mística, tan apacible y tan serena, que no podían entrar en ella estímulos mundanos, y mucho ménos aquellos que reciben su fuerza de la vanidad. Ni aún la vanagloria literaria, en su expresion más inocente y más inofensiva, podía caber en un alma enteramente subyugada por la mansedumbre y la modestia. Imitaba á *fray Luis de Leon*, no sólo por predileccion literaria, sino por las afinidades de instinto que los unían. Era una de ellas la afición al campo, grande y sincera en el ánimo de *fray Diego Gonzalez*. Deleitábase, sobre todo, pasar algunos días en *La Flecha*, pueblo cercano á Salamanca, á orillas del Tórmes, porque despertaba en su ánimo el recuerdo venerable y querido de *fray Luis de Leon*. Así lo expresa en una carta á *fray Miguel de Miras*, del 15 de Abril de 1777.

«Mañana (le dice) salgo á pasar tres ó cuatro días en *mi Flecha*, que está de aquí, rio arriba, legua y media. Tenemos allí unas haciendas, un hermoso soto y prado, y lo que es más que todo, aquella huerta que en el principio de su *Diálogo de los Nombres de Cristo* describe con tanta belleza nuestro insigne *Leon*, y donde aquel *Marcelo* enseñó á sus compañeros tan divinas doctrinas. Éste es el huerto que, en la canción de la vida solitaria, llama *plantado por su mano, del monte en la ladera, y la fontana pura*, que

Por ver y acrecentar su hermosura,  
Desde la cumbre airosa  
Hasta llegar corriendo se apresura, etc.;

que tú lo sabes todo de memoria y á la letra, como tan aficionado á *fray Luis*....»

«Estas memorias me harán dulcísima la estancia» (2).

Su corazón tierno y delicado había nacido únicamente para amar, para amarlo todo. Dios, la mujer, la humanidad, se disputaban su alma. Dios triunfó de todos los impulsos humanos; pero, como éstos eran de tan noble y encumbrada naturaleza, triunfó, no combatiendo aquellos purísimos sentimientos, sino combinándose con ellos, como emanados de la divina esencia. Amó á las mujeres, y las amó con tan vehemente arrobamiento, que al referir poé-

(1) Así escribía á un amigo suyo de Sevilla (probablemente *fray Miguel de Miras*), el 11 de Noviembre de 1775:

«Este *Parnaso salmantino* se compone de cinco poetas que se tratan con familiaridad y mutuamente se estiman. Los tres, *Liseno* (el padre *Fernandez*), *Delio* (el mismo *fray Diego Gonzalez*) y *Andronio* (?) son de casa (esto es, religiosos agustinos).... Los otros dos poetas son jóvenes seglares,

profesores de jurisprudencia, en que van haciendo singulares progresos. Uno y otro han compuesto mucho, cada cual por su término....»

¿Quiénes eran estos dos poetas? Uno de ellos sin duda *Melendez*; el otro probablemente *Forner*. (Cartas autógrafas de *fray Diego Gonzalez*.— Coleccion de manuscritos del señor *Marqués de Pidal*.)

(2) Cartas autógrafas. (Coleccion del señor *Marqués de Pidal*.)

ticamente su vida á *Jovellanos*, vibraba todavía su alma al recuerdo de la extática ternura de su edad juvenil:

El ánima, rendida,  
Amaba tiernamente,  
Amaba sin medida;  
Amaba, en fin, de modo,  
Que aún ahora, al recordarlo, tiemblo todo.

Su espíritu estaba tan lleno de Dios, que escogió gozoso la vida del claustro; pero, mozo todavía, no es de admirar que la ilusion del amor le turbase y conmoviese algunas veces con sus fantasmas seductores. Con estas delicadas y fervorosas palabras pinta él mismo aquellas luchas íntimas del corazón:

¡Oh, si no se entibiára  
En el pecho mezquino  
El alto fuego de que fué inflamado!  
Quizá mi voz sonára  
En cántico divino

Sobre el Tabor ó el Gólgota sentado.  
Pero, aunque á són sagrado  
De la cítara mía  
Las cuerdas arreglaba,  
Amores solamente respondía.... (1).

*Melisa* y *Mirta* no fueron meras creaciones ideales del poeta. Fueron dos bellísimas doncellas, de rostro y alma angelical, que varios amigos de *fray Diego* conocieron y admiraron en Sevilla y en Cádiz (2). *Melisa* fué su primer amor, y en realidad pudiera afirmarse que fué su único amor verdadero. En la linda poesía titulada *Sueños*, confesion de los devaneos juveniles, bien claro dice el mozo enamorado que su dorado ensueño era entónces hacer de *Melisa* la compañera de su vida. Finge que dormido se le aparece la mujer que adora, y le dice estas dulces palabras, que encierran la imágen cabal de la ventura serena que soñaba:

En uno juntarémos los ganados  
Que con bienes doblados  
Y con paz juntamente,  
Pasarémos la vida dulcemente;  
Tendrémos ya los dos comun el techo,  
El ajuar, el vivir, la mesa, el lecho....

*Mirta* es otra ilusion de su espíritu; pero de tan casta y, por decirlo así, tan etérea naturaleza, que no lastima en lo más mínimo ni su pureza de austero moralista, ni su autoridad de ejemplarísimo sacerdote. Sabe que

No le fué concedido  
El amoroso pecho  
Para centro de amores terrenales,

y admira á *Mirta* como creacion sublime de la mano divina y nada más (3). Por eso, á pesar

(1) Historia de *Delio*. Á *Jovino*. (Poesías de *fray Diego Gonzalez*.)

(2) Tal vez la residencia de estas señoras influyó en el anhelo que manifestaba *fray Diego Gonzalez* por vivir en aquellas ciudades.

«¿Has vuelto ya de la feria de Mairena....?»  
«.... Sevilla y Cádiz, Cádiz y Sevilla serian orbe suficiente para mi felicidad. Paciencia, pues el cielo dispone lo contrario.» (Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* á *fray Miguel de Miras*, escrita en Salamanca, el 7 de Mayo de 1776.—Coleccion del señor *Marqués de Pidal*.)

(3) La belleza exterior de *Mirta*, aunque notable, al decir de los que la conocieron en Cádiz, dis-

taba todavía de la perfeccion estatuaria. Así lo reconoce el mismo *fray Diego*, quien anteponia siempre las prendas del alma á las perfecciones corporales.

«Siento (escribe á *Jovellanos* en 1778) que Vm no viese en Cádiz á la fiel *Mirta*. Ciertamente no hubiera Vm. visto una *Vénus*, sin embargo de que nada tiene de despreciable su figura; pero al ménos hallaría un alma digna de ser amada, encerrada en un cuerpo lleno de modestia y compostura; prendas que le granjearon todo el amor de *Delio*, quien aborrece toda mujer que no se recomienda á sus ojos por medio de tales prendas.»

de su genio tímido y de su escrupulosa conciencia (1), no temió interpretaciones aventuradas dando á *Mirta*, en la célebre invectiva del *Murciélagos alevoso*, un risueño testimonio de la galantería mística y delicada que no había de empañar su carácter sagrado. Los años no entibiaron en el alma del *maestro Gonzalez* la admiración y el respetuoso cariño que le había inspirado constantemente aquella *Mirta bella*, señora de muy notables prendas, que vivía en Cádiz algo olvidada del *pastor Delio*. Las cartas de *Mirta* eran solaz dulcísimo para el poeta, que vivía cumpliendo afanoso las arduas obligaciones de su alto ministerio; pero *Mirta*, entretenida con los deberes de la familia ó con los alegres recreos de Cádiz, dejó de escribirle, y el *maestro Gonzalez* sintió por ello profunda pena, con ciertos asomos de despecho (2).

Dos causas fueron rémora probablemente al cabal desarrollo del talento poético de *fray Diego Gonzalez*. La una, su estado religioso, que, con su conciencia imperiosa y timorata, lo sujetaba y comprimía; la otra, la preponderancia literaria que ejerció *Jovellanos* en su ánimo modesto y apocado.

No le faltaban ciertamente vocación ni fortaleza para llevar la carga de sus grandes obligaciones religiosas, y fué sin tregua un modelo de sacerdotes. Pero el rigor de la vida monástica hubo de hacérsele duro en algunos momentos, en que se espaciaba su fantasía por más risueños campos. ¡*Qué vida tan deliciosa habíamos de pasar viviendo juntos y libres!* escribe un día á *fray Miguel de Miras* (3). Bien cierto es que estos movimientos de su alma poética no llegaban nunca á quebrantar su resignación, ni á alterar su dulzura evangélica. Sólo se atrevía á confiarlos á algún amigo íntimo que le conocía á fondo y no había de juzgarle con torcido criterio. Por otra parte, aunque el estilo llano y candoroso de *fray Luis de Leon* se inculcó, por decirlo así, en el suyo, y la traducción que hizo de algunos capítulos de *Job*, para completar la de aquél, no desdice de la primera; y aunque no han faltado críticos, por demás benévolo, que han subido á *fray Diego Gonzalez* á un nivel cercano al de aquel eminente poeta (4), es lo cierto que *fray Diego*, en sus versos originales, no manifiesta nunca el estro intenso y arrebatado con que *fray Luis de Leon* exhala los sentimientos de la filosofía cristiana, ni aquella fuerza de contemplación extática con que éste se remonta á la idealidad religiosa y se desprende de los vínculos de la tierra. La fantasía de *fray Diego Gonzalez* era viva y amena, pero no trascendental ni vigorosa.

Por esta razón puede conjeturarse, sin viso alguno de paradoja, que los consejos de *Jovellanos* contribuyeron á poner embarazos, ántes que á abrir campo, al vuelo de su número. *Jovellanos*, movido por su espíritu austero y grave, dió en no juzgar dignos de la poesía sino aquellos asuntos que se prestasen al ensalzamiento de las glorias históricas y á la defensa y explanación de altas verdades filosóficas ó morales. La singular epístola de *Jovino á sus ami-*

(1) Al morir, quiso quemar sus versos, sin embargo de la inocencia que respira en ellos. Los salvó del fuego y del olvido su excelente amigo el padre *Fernandez*, en cuyos brazos espiró *fray Diego*. Véase la interesante noticia biográfica de nuestro poeta, escrita por el mismo padre *Fernandez*.

(2) Así puede inferirse de lo que el mismo *fray Diego* escribía á *Jovellanos*.

«Creerá Vm. que aquella *Mirta* que *Delio* apellidaba *fidélisima* ha abandonado mi correspondencia y olvidado mi cariño? Pues así me lo aseguran, y así lo muestra su extraño silencio. Vale Dios que, como el amor que *Delio* la tenía nada tenía de interesal ni desordenado, no ha causado en su pecho aquellos grandes sentimientos que fueran regulares en otra providencia (situación). *Delio* la amará, sin tratarla, del mismo modo y en el mismo grado que

cuando la trataba, porque no cabe en él otra cosa; es natural á él no dejar de amar lo que una vez amó.» (Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 8 de Agosto de 1778. — Colección del señor Marqués de Pidal.)

(3) Carta autógrafa de *fray Diego Gonzalez* al padre *fray Miguel de Miras*, que á la sazón vivía en Sevilla en la intimidad de *Jovellanos* (Mayo de 1776).

(4) *Quintana* entre ellos. Éstas son sus palabras: «Fué apasionado del estilo de *fray Luis de Leon*, y le imitó tan hábilmente, que sus versos se confundían á veces con los de aquel gran poeta.»

*Ticknor* juzga con igual indulgencia: «El *maestro Gonzalez* (dice) imitó á *fray Luis de Leon* con tan feliz éxito, que al leer sus odas y algunas de sus versiones de los salmos, nos parece oír aún la solemne entonación de su gran maestro.»

*gos de Salamanca* (*Melendez*, *fray Diego Gonzalez*, el padre *Fernandez*) (1), lección que degenera en apóstrofe, y que está escrita con pomposo magisterio, causó honda impresión en el ánimo humilde del *maestro Gonzalez*. *Jovellanos* pinta la poesía amorosa como indigna de eterna fama, y aconseja á *fray Diego* que dedique sus cantos á la filosofía moral (2), y á *Melendez* que abandone la inspiración campestre, y consagre su musa á los triunfos de la guerra y al sangriento furor de Marte, cantando á Aníbal, á Pelayo, á Guzman-el-Bueno y á Hernan-Cortés (3). De índole esforzada y generosa era sin duda el consejo de *Jovellanos*; pero demuestra bien á las claras cuánto desconocía este varón insigne las condiciones esenciales de la inspiración verdadera. Á cada hombre traza un camino intelectual su peculiar naturaleza, y no hay yerro más grave que imponerle por motivos artificiales un rumbo inadecuado. Ni el número suave y ligero de *fray Diego Gonzalez* podía correr libre y ardiente en las asperezas del dogmatismo severo que le prescribía *Jovellanos*, ni al blando temple de *Melendez* cuadraban las bronceas imágenes que andan unidas al sangriento furor de Marte. *Jovellanos* en cartas familiares esforzaba la imperiosa doctrina, y los dos poetas, que le consideraban como á un oráculo, cedieron sin titubear al ascendiente poderoso de aquel hombre, que por su instrucción, su entendimiento y su carácter se había granjeado tan alto concepto. Ambos se desviaron de la senda de su vocación verdadera: *Melendez*, que tan en su esfera se encontraba pintando amorosos juegos y cuadros de la naturaleza, se da á consideraciones metafísicas, donde sólo raya á mediana altura; *fray Diego* no se contenta con variar de estilo: le asalta como un remordimiento el recuerdo de sus versos pasados, y con infantil docilidad promete no cantar en adelante sino materias graves (4). *Jovellanos*, con laudable intención, quiere ayudarle en sus propósitos, y no sólo le encarece le excelencia de un asunto de moral filosófica, fundado en el estudio del hombre, sino que forma por sí mismo el plan del poema didáctico *Las Edades*, cuya primera parte, *La Niñez*, llegó á escribir el candoroso agustino (5). La musa de *fray Diego*, llevada como con andadores por *Jovellanos*, en vez

(1) Obras de *Jovellanos*, tomo XLVI de la BIBLIOTECA, pág. 37.

(2) ¡Ay *Batilo!* ¡ay *Liseno!* ¡ay caro *Delio!*  
¡Ay! ¡ay, que os han las magas salmantinas  
Con sus gorgünerías (hechieerías) adormido!  
..... siempre  
Dará el amor materia á nuestros cantos?.....  
No, amigos, no; guiados por la suerte  
Á más nobles objetos, recorramos  
En el afán poético materias  
Dignas de una memoria perdurable.....  
Dejadme al ménos, en tan noble intento,  
La gloria de guiar por la ardua senda  
Que va á la eterna fama, vuestros pasos.  
Ea, facundo *Delio*, tú, á quien siempre  
Minerva asiste al lado, sus, asocia  
Tu musa á la moral filosofía.....  
(*Jovino á sus amigos de Salamanca.*)

(3) Y tú, ardiente *Batilo*, del meonío  
Cantor émulo insigne, arroja á un lado  
El caramillo pastoril, y aplica  
Á tus dorados labios la sonante  
Trompa para entonar ilustres hechos.  
Sean tu objeto los héroes españoles,  
Las guerras, las victorias y el sangriento  
Furor de Marte..... suban  
..... suban  
Por tu verso á la esfera cristalina  
Los triunfos de Pelayo.....; etc.  
(*Jovino á sus amigos de Salamanca.*)

(4) «La epístola didáctica de V. S. ha causado en *Batilo* y *Delio* aquel efecto que tuvo por motivo su

autor para tomarse la fatiga de escribirla. *Delio* al ménos, da una firme palabra de, ó no cantar jamás, ó emplear su canto en alguna de las graves materias que V. S. se sirve poner á su cuidado, haciéndole el honor de creerle capaz del desempeño. El coturno es mucha altura para una cabeza tan débil como la de *Delio*» (Carta de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*, escrita en Salamanca, el 28 de Setiembre de 1776.)

(5) «Recibo la de V. S. con el *Pope*, que leeré tantas veces cuantas basten para tomarlo de memoria, meditar mucho sus bellezas, seguirle el genio y revestirme de su espíritu. El correo pasado recibí de mano de *Batilo* el plan del poema de *Las Edades*..... No sólo me gusta y enamora, como todo cuanto sale de la pluma de V. S., sino que tambien me incita poderosamente á poner desde luego en ejecución el designio..... Aunque presumo que V. S. será de parecer de que el verso que se haya de usar en el poema debe ser libre y exento de toda rima, espero su expreso parecer en el asunto.» (Carta de *fray Diego Gonzalez* á *Jovellanos*. — Salamanca, 3 de Noviembre de 1776.)

Tambien *Melendez* se rindió á la tutela literaria que ejercía *Jovellanos* con los poetas de Salamanca. De *Jovellanos* es el plan de *Las bodas de Camacho*, de cuyo éxito debió de quedar *Melendez* poco satisfecho. Como se ve en la siguiente carta, ayudó á

de caminar más firme y más segura, vacila y decae. El instinto popular repara y corrige el error cometido por el espíritu doctrinal exagerado y apremiante, y mientras poquísimos leen las elevadas meditaciones del maestro Gonzalez sobre la primera edad del hombre, se hacen innumerables ediciones de *El Murciélago alevoso*, que Quintana excluye del *Tesoro del Parnaso español*, y el público aprende de memoria la donosa invectiva.

El ánimo rígido y levantado de Jovellanos se complacia de tal manera en las cosas de elevado carácter, que desatendía importantes condiciones estéticas, en las cuales estriba la espontaneidad literaria. Sin facultades internas especiales nadie alcanza á la poesía sublime. El jesuita Montengon, sin más fuerzas poéticas que su intencion honrosa, quiere cantar los hechos y los nombres más esclarecidos de la patria: Pelayo, el Cid, San Fernando, Gonzalo de Córdoba, el cardenal Jimenez, Diego García de Paredes, Carlos V, Colon, don Juan de Austria; y la trompa heroica no produce en sus labios sino acentos discordantes ó lánguidos (1). Quintana fué, más adelante, el poeta pindárico que Jovellanos soñó en Melendez, sin comprender que los cantos enérgicos de Simónides y de Tirteo no podían brotar de la lira tierna y un tanto epicúrea del poeta extremeño, á quien se atreve á llamar:

Émulo insigne del cantor meonio (2).

Fuera de esto, no hay afecto humano cuya expresion limpia y encendida no pueda llegar á la sublimidad del arte. Jovellanos, que juzga las poesías amorosas indignas de una memoria perdurable, olvida que Petrarca vive con gloria inmortal en el mundo de las letras por su misticismo amoroso, y Anacreonte por algo ménos que la expresion del amor verdadero.

Otro de los escritores más famosos que pertenecen al grupo salmantino, es don Vicente

fray Diego en la preparacion literaria que requería el poema *Las Edades*:

«Nuestro Delio leyó con gusto el plan de la primera edad; y aunque al principio se me resistió alguna cosa, cuasi acabé de persuadirle á que emprendiese esta obra, digna, por cierto, de su estado, su profesion, sus años, su literatura y delicadísimo gusto.»

«Tratamos despues de los libros que pueden conducir al plan de V. S., y, en la poca noticia que tengo de estas cosas, le apunté de los míos:

» *Los Carácterés*, de Theofrasto.

» *Los Carácterés de nuestro siglo*; de Labruyère.

» *Los Pensamientos*, de Pascal. Esta obra me parece un tejido bellissimo de pensamientos, que describen maravillosamente al hombre. Tienen grandeza, y semejanza con las

» *Noches*, de Young. Sus máximas son dignas de que tengan lugar en el poema de *Las Edades*.

» *Malebranche* y *Locke* me parecen bastantes para indagar las causas de los errores.

» *Séneca*. No debe dejarse de la mano. Con todos estos, y con la asidua meditacion del hombre mismo, de sus vicios, de sus virtudes y sus inclinaciones, se puede recoger un candal suficiente de máximas, que, vestidas y ataviadas por la musa de Delio, merezcan la aprobacion y el aplauso de los entendidos. Las verdades morales á mí me parece que se estudian mejor por la meditacion del hombre y la frecuente observacion de todos los estados, que por

los libros. Nuestro *Delio* es del mismo sentir, y creo que, si lo toma con el empeño que la obra merece, haga alguna cosa de provecho.» (Carta autografa de Melendez Valdés á Jovellanos, escrita de Noviembre de 1766.)

Hasta al padre Fernandez dirigia y ayudaba Jovellanos en sus tareas literarias. Se infiere claramente del siguiente párrafo de una carta dirigida por fray Diego á Jovellanos, en 8 de Febrero de 1777:

«Acuérdome que V. S. me ha dicho que tenía formado el plan de una comedia, con el fin de que la escribiese Liseno. Éste, noticioso de ello, me importuna y clama en sus cartas por él. Estimaré que, si en ello no tiene inconveniente, me lo envíe para satisfacer los deseos de aquel jóven, de cuyo talento se puede esperar que la formalice á satisfaccion.» (Coleccion de cartas autógrafas perteneciente al señor Marqués de Pidal.)

Jovellanos envió el plan de la comedia en Abril del año siguiente. Fray Diego da á entender en sus cartas que era el plan de carácter festivo y pastoril.

(1) Tan léjos estaba Montengon de la alta inspiracion lirica, que sólo es tolerable cuando, en vez de cantar á los héroes, canta á los pastores en *El Mirtilo*.

(2) Homero. Meonia era, en la antigüedad, el nombre poético de la Lidia, donde se creia que habia nacido el gran poeta.

*García de la Huerta* (1). Promovedor activo de las letras, y autor trágico con mucha razon celebrado, no merece aquí, sin embargo, sino un lugar harto secundario. Es poeta lírico de mediano alcance, y sólo bajo un aspecto relativo merece en esta parte la admiracion de la posteridad (2). Conocidas son sus contiendas literarias y su intolerancia, así como su desmedido orgullo. A pesar de su clarísimo entendimiento y de sus no escasas prendas poéticas, no llegó á alcanzar la autoridad literaria, por la cual tan vigorosamente pugnaba (3). Su verdadero, casi su único título de gloria, es la *Raquel*, tragedia que junta á un magnífico asunto, inspirado por *La judía de Toledo*, de Diamante, nobles pensamientos, versos casi siempre sonoros, y cierto sabor de heroísmo y de antigua lealtad castellana, que seduce y hechiza. ¡ Cosa singular! Huerta, que suele ser versificador rotundo y numeroso en sus obras dramáticas, raras veces acierta en las líricas con la entonacion elevada y con la armonía verdadera. Él, que no transige con el prosaismo de Iriarte, escribe muchos versos en que llega á su colmo el rastreo carácter de la mayor parte de la poesía lírica de aquel tiempo (4); él, que, por haber oido un verso poco eufónico, arrolla con áspera impaciencia los miramientos debidos á la amistad y al talento (5), no echa de ver que en las obras de Iriarte no hay acaso tantos versos insonoros como en las suyas propias (6).

A pesar de su desigualdad y de su tibieza en la mayor parte de sus versos líricos; á pesar de su espíritu perturbador y de sus estériles contiendas, el nombre de *Huerta* vivirá, y vivirá con gloria, porque va unido á *La Raquel*. ¿Qué son, para su fama, sus fogosas y algun tanto desatentadas defensas del espíritu antiguo, que sólo á medias comprendía ó imitaba? ¿qué sus enredados cantos líricos, sin inspiracion y sin tersura? Pasó el prestigio fugaz de sus poesías; se extinguió el eco de sus polémicas, á veces temerarias; las célebres diatribas de sus impugnadores perdieron su veneno. Todo esto es de naturaleza efímera, y se desliza entre las palmas de la gloria. Pero *La Raquel* es de esas obras que sobreviven así á la censura de una crítica estrecha como á los dieterios del encono. En esa tragedia, cuyas imperfecciones se han complacido tantos en descubrir y en ponderar, se encierra copioso caudal de la

(1) Tanto *Huerta* como *Forner* y *Melendez*, aunque los tres extremeños, pertenecen literariamente á Salamanca. Allí recibieron su educacion intelectual y el estímulo que despertó su nimen poético.

(2) Atinado nos parece el juicio de Ticknor acerca de las poesías de *Huerta*.

«Ardiente, dice, aunque desigual adversario de las innovaciones francesas, imprimió en 1778 un tomo de poesías, escritas casi enteramente en el gusto antiguo; pero su obra estaba demasiado impregnada del mal gusto dominante en el siglo anterior para poder, á pesar del aplauso pasajero que mereció su autor, arrastrar secunaces de alguna nota en una senda que ya se iba abandonando casi del todo.»

(3) «Burlábanse de él, dice Quintana, como de un ignorante ó de un loco.» Son testimonio de ello, entre otros muchos, la sátira de Jovellanos titulada *Relacion del caballero Antioro de Arcadia*, las *Reflexiones de Tomé Cecial* (Forner), la *Huerteida*, poema satirico de Moratin, y el siguiente epitafio epigramático compuesto por Iriarte:

De juicio, sí, mas no de ingenio escaso,  
Aquí Huerta el audaz descanso goza:  
Deja un puesto vacante en el Parnaso,  
Y una jaula vacía en Zaragoza.

(4) Ejemplos:

Forma el ataque: distribuye, regia

Con oportunidad la más exacta,  
Sin sujecion á inciertas teorías,  
Movimientos, lugares y distancias.

(Al bombardeo de Argel, por don Antonio Barceló.)

La vez primera  
Será que hayais honrado aquesta orilla,  
Defiriendo á mis justas peticiones.  
(Cancion á las bodas del Príncipe de Asturias.)

Que cuantos veo, cuantos hablo y trato,  
Me gradúan de necio y de insensato.

(Quejas de un ausente.)

En cuanto á prosaismo, no hay más allá; y *Huerta* no tenía, en verdad, derecho para tachar de prosaicos á los demas.

(5) Recuérdese la anécdota, referida por Quintana, del rompimiento de *Huerta* con *Iriarte* por haberse negado aquél á escuchar el poema de *La Música*, á causa del malhadado verso con que empieza:

Las maravillas de aquel arte canto.

(6) Sirvan de ejemplo los siguientes:

Tuve, señor, en las aclamaciones....  
Reduzco á muchos, que de la fatiga....  
Más agradable le es, cuanto es más ardua....  
Para que así al agricultor causase....  
Llenad el orbe de las alabanzas....  
Gustosa mira desde su carroza....